

Religión

CRONICA DE LA CORONACION

¡SALVE, GUANARE!, TRONO DE NUESTRA REINA

Imposible, —estimados lectores—, referirles por menudo en una algo apresurada crónica todo lo que hemos visto y disfrutado en esos inolvidables días conmemorativos del Tricentenario de la aparición de nuestra Reina y Madre de Coromoto.

Ni menos aún vaya a esperarse que intente reflejar sobre el frío papel todo el cúmulo de emociones intensas que tuvimos la dicha de vivir en algunos momentos de aquella magna celebración

Los que nos dirijíamos a Guanare íbamos experimentando, —a medida que allá nos acercábamos—, esa interna y silenciosa emoción que en momentos de gran expectativa va gradualmente aflojando a nuestro pecho y garganta, y que empieza luego a estallar en palabras sueltas, y después en exclamaciones cada vez más desbordadas y entusiastas, hasta llegar por fin a una explosión de júbilo que casi hace perder la gravedad y mesura que de ordinario acompañan a nuestros actos cotidianos.

Por lo mismo que las emociones y recuerdos de aquellas horas solemnísimas iban a ser tan grandes e intensos, hubo de ser allí en tierra de llanos, en la planicie inmensa que da como expansión al corazón de la Patria, donde fuéramos a saturarnos de "coromotismo" y de marianismo.

El año Coromotano.- Venezuela entera lleva un año de intenso vibrar coromotano. Todo empezó, como preparación para la fecha tricentenaria, con la serie de largas jornadas aéreas que la venerada imagen de la Patrona Nacional fué haciendo por diversas regiones del territorio patrio. Era la primera vez que salía de su santuario de Guanare, y se iba en visita popular de Madre y de Reina, a recibir el cariño y el saludo de sus hijos desparramados por tan apartadas zonas, y a escuchar sus ruegos, y a

complacer sus peticiones, y dejarlos consolados y llenos de paz.

Como en un piadoso remedo de lo que un día —hace veinte siglos—, hicieron los ángeles al llevarse por los aires al cielo a María Santísima en cuerpo y alma; ahora, en el año mismo en que celebrábamos la declaración pontificia del dogma de quella Asunción gloriosa, emprendía también sus repetidos viajes aéreos por el cielo de la Patria venezolana, la misma imagen que de los cielos nos había venido hace tres siglos, y se había quedado en las manos temblorosas y inconscientes del embravecido cacique cospe.

Las noticias de la prensa y de la radio nos habían estado informando, casi a diario, de cómo se iba moviendo sereno y audaz aquel avión que gentilmente cedido por la "L. A. V." y ostentando en su exterior la imagen venerada de la reina de los venezolanos, servía de capilla, de trono y de transporte para la visita maternal que la bondadosa Señora ha querido irles haciendo a todos los pueblos y ciudades del inmenso territorio que Dios puso un día bajo su manto protector.

Las alas metálicas de ese aparato que bien pudiéramos llamar nuestro ángel de la buena nueva, iban por todas partes llevando el mensaje de anunciación de la llegada de la Patrona de todos los venezolanos. Brillantes y serenas, aquellas alas en verdad celestes del avión, dejaron sentir su vibración por sobre las impenetrables selvas de nuestro territorio Amazonas; y pasaron luego a verter su sombra que era una gran cruz, como señal de paz y amor, sobre los torrentes, saltos, caños y sabanas de nuestra Guayana; y vieron después cómo el padre río Orinoco parecía detener por un momento el amplio curso de su caudalosa corriente, y en gesto que nos haría recordar la vieja fábula, podríamos imaginarlo como si arqueándose en su cauce sacó el pecho afuera para saludar al ave inmensa, portadora de tanto bien, que cruzaba intrépida una y otra vez sobre su ancha corriente, y para profetizar bendiciones y felicidad a la tierra que como soberano él señorea imperturbable, al verla visitada por la reina de los ríos de Venezuela, en uno de cuyos cauces había hecho Ella su primera aparición coromotana. Y poco después, las costas primigenias de la Patria, el oriente un día saludado por las proas del descubridor Colón, y la Margarita de las perlas y del heroísmo, agitaron las copas de sus

esbeltos palmares en saludo alborozado al ver llegar, entre brillos de metal y giros de hélices, a la Virgen mensajera de bondad y gracia celestial. Y adelante siguió la emocionada romería; de un extremo al otro; del Oriente al Occidente continuó su vuelo bendecidor la Patrona de los venezolanos; y así la vieron posarse sobre sus movibles arenas blancas y sobre sus fantásticos espejismos los médanos paraguayenses; y más allá, montándole guardia con la firmeza de las negras torres de sus campos petroleros, el Zulia parecía ofrendarle al mismo tiempo la riqueza de su suelo perforado, y el río de oro negro que cruza sus ardientes caminos; y ya al atardecer, como quien flamea a pleno esplendor la luz de toda una noche de vela y de alerta, allá abajo, al sur del lago misterioso, lanzaba el Catatumbo las incessantes llamaradas de su relámpago milenario, que iban a besar el trono de la regia visitante.

Triunfal había sido aquel recorrido de meses, por extensas zonas del territorio patrio. Por doquiera el entusiasmo del recibimiento, los homenajes de filial devoción, sobre todo la renovación auténtica de la fe de gentes de toda clase y condición, han demostrado que María Santísima de Coromoto no es un mero nombre, ni una devoción más del calendario mariano, sino en realidad de verdad la madre misericordiosa que ha hecho suyos los corazones de todos los súbditos de esta porción de su reinado universal. Y por eso, en su honor y obsequio y por que de veras la aman y la reconocen por reina y madre, ha habido tan numerosos y sorprendentes casos de vuelta a la práctica de los Sacramentos y de una vida cristiana auténtica, de personas un tanto olvidadas de sus deberes religiosos, en quienes latía adormecida una fe tradicional, pero que ahora se ha despertado como milagrosamente ante la persona de quien ha venido de parte de Dios a hacer su obra de intercesora y de patrona.

Buena parte del territorio y población venezolana había venido pues, a lo largo de este año, demostrando su fervor y entusiasmo ante la presencia de la Madre de Coromoto.

El Tricentenario.- Pero se acercaba la fecha tricentaria de su llegada a tierras venezolanas. El Venerable Episcopado Nacional había previsto esa fecha, y por eso en su reunión del año pasado había dispuesto conmemorar con la mayor solemnidad tal acontecimiento. Y ya se había obtenido del Santo Padre la conce-

sión de los honores máximos de la coronación canónica de la trisecular y veneradísima imagen.

Tocaba a la Diócesis de Barquisimeto, en cuyo territorio está enclavado el Santuario coromotano, disponer el programa de los actos con que solemnísimamente se iba a celebrar tanto la fecha tricentaria como la coronación canónica.

Tesonera e intensa debió ser la actividad que vino a cuajar en la publicación de un denso programa de actos de diversa índole, preparatorios unos y conmemorativos otros. Una Carta Pastoral del Excmo. Sr. Obispo de Barquisimeto servía de presentación del programa ya impreso a principios de agosto, que pronto empezó a correr de mano en mano por todo el país. Y pronto también empezó a cundir por todas el deseo de ir personalmente a participar de los actos allí programados.

Como preparación inmediata para la propia fecha tricentaria y para la coronación solemne que en dicha fecha tendría lugar, el Programa traía la celebración solemnísimamente de un magno Congreso Mariano Nacional. Este Congreso sería el IV de esta clase celebrado en nuestra Patria.

IV Congreso Mariano Nacional.- Diversas razones de orden práctico aconsejaron que ese Congreso y actos preparatorios se celebraran en la ciudad de Barquisimeto, sede del Obispado, y desde donde el acceso a la propia ciudad de Guanare, tanto por aire como por tierra, es cosa relativamente muy fácil. De esta manera, además, la ciudad del Obispado se incorporaba directamente con su Cabildo, Parroquias, Clero, Colegios, etc., al homenaje diocesano. Y así quedaba también la ida al propio santuario de Guanare como la sorpresa y el homenaje nacional en el día solemnísimamente de la Coronación.

Por estas razones, tanto Barquisimeto como Guanare, empezaron a perfilarse ya a fines de agosto y primeros de setiembre, como la meta doble de cuantos venezolanos habían podido planear su participación personal en los festejos de la magna fecha coromotana.

De todos los ángulos del país empezaron pronto a desprenderse densos grupos de gente; peregrinaciones, familias, clero, comunidades religiosas, etc., en una palabra un verdadero río humano, en marcha hacia Barquisimeto y Guanare. A veces eran jornadas de dos y más días por carretera, las que algunos peregrinos tenían que hacer en carros y autobuses, pero todo se daba por bien em-

pleado, y se echaban al olvido incomodidades y privaciones.

Barquisimeto procuró disponerse lo mejor posible para el albergue y atención de tantos visitantes de todo el país, cuyo móvil principal había sido el tricentenario coromotano, y no tanto los festejos cívicos del cuatricentenario de la fundación de esta ciudad, que había venido a coincidir casi en la misma fecha.

Los actos del Congreso duraron del 7 al 10 de setiembre. El trabajo se dividió en varios grupos, que sesionaban separadamente en diversos días y horas: sesión de sacerdotes, de caballeros, de damas, de jóvenes, de obreros. Y cada noche se tenía una solemne sesión plenaria.

Estas sesiones plenarias se veían prestigiadas con la presencia de numerosos miembros de la Jerarquía Eclesiástica, clero y público general. Así mismo estuvieron ya desde ahora acompañándonos no menos de seis Excmos. y Revmos. Arzobispos y Obispos de varias naciones americanas.

Tanto las sesiones académicas de este Congreso, como los demás actos de orden piadoso, Comuniones generales, horas santas, procesión eucarística, etc., fueron caldeando el ambiente, y disponiendo mejor los ánimos para el gran día de la Coronación. Barquisimeto entretanto se había ido saturando de población venida de todas partes de la República; y otro tanto estaba ocurriendo en Guanare. De manera que para el 11 de setiembre ambas ciudades ofrecían un espectáculo de vida y animación nunca jamás conocido, y que difícilmente se repetirá en muchos años. Pero ya desde antes del amanecer de ese día 11, empezó el éxodo de caravanas de autos y autobuses desde Barquisimeto hacia Guanare.

Toda la atención se concentraba ahora en la vieja y pacífica ciudad llanera, en cuyas cercanías quiso hace tres siglos posar su planta maternal la Madre de Dios. Allá nos dirigimos todos. De antemano sabíamos que se presentaban serias dificultades de albergue, imposibles de solucionar en una ciudad pequeña, a la que de pronto llegan en avalancha miles y miles de peregrinos. Pero esas dificultades a nadie arredraron.

Porque el espíritu de todas aquellas gentes era de una reconfortante ejemplaridad. Allí nadie pensaba sino en la Santísima Virgen de Coromoto; en verla, en rezarle, en homenajearla, y en asistir esa noche al honor máximo de su coronación. No se pensaba en qué ni dónde

comer, ni en dónde se iba a dormir. Con lo indispensable y menos, con un bocadito aprisa y de pie, y un corto sueño des-cabezado en el asiento de un autobús, con eso bastaba, con tal de no perderse nada de aquellas horas de cielo y de gloria que ya estaban llegando.

El Legado Pontificio.- Al mediodía del 11 de setiembre, todo Guanare, con los miles de peregrinos que habían llegado desde la víspera o aquella misma mañana, se aglomeraban impacientes y compactos en el sencillo aeropuerto de la ciudad.

A pleno sol y calor aguantaba aquella muchedumbre, fijos los ojos en el alto horizonte. Todo era expectativa, alegría, anhelo. . . Al fin un grito unánime, un volverse las miradas hacia un punto fijo del cielo, y cien dedos, mil, cinco mil, doce mil dedos que señalan tensos y prolongados, mientras una voz múltiple lanza a un tiempo la frase de "¡Allí viene!"

Allí venía, en efecto, nítido, sereno, como despidiendo reflejos que querían ser saludo anticipado, o bendiciones romanas que desbordaban de la cabina; allí venía el avión que transportaba a tierras venezolanas, por primera vez, desde que el mundo existe, a la persona del Romano Pontífice, representada en un Cardenal Legado, con nombramiento y misión expresa para nuestra Patria.

La emoción cundía, se contagiaba, era incontenible. . . Se sentía por momentos como si estuviere llegando el propio Santo Padre de Roma. Apenas el avión tocó tierra y empezó a abrirse la portezuela de la cabina, todas aquellas doce o quince mil personas que allí cerca se apretujaban emocionadas e impacientes, contuvieron por un momento su respiración, parecieron correrse por lo bajo la consigna de llenar bien de aire los pulmones, para enseguida, como tocadas por un resorte automático, corear todas aquellas gargantas, a una sola voz, a un solo esfuerzo, a un solo grito jubiloso la frase nítida y entusiasta de "Viva el Papa".

Era que en aquel instante, sobre el fondo plateado del avión y en el tope de la escala de pasajeros se había perfilado, y empezaba a descender sonriente y bendiciendo, la figura de su Eminencia Revdma. el Cardenal Arteaga, Legado a Letere de Su Santidad Pío XII. Su purpúreo ropaje cardenalicio juguetaba gustoso con los rayos de un sol tropical casi en su zenit; y parecía como si de entre los amplios pliegues pugnarán por salir los mejores brillos para

echarse a arder en aquella inmensa hoguera de luz vivísima, para simular así la más sublime antorcha olímpica que se encendía en ese instante como homenaje de salud y de honor que enviaba desde Roma el representante de Jesucristo, para honrar a la Madre de su Señor, que también es Madre y Reina de los venezolanos bajo el título de Nuestra Señora de Coromoto.

Ya desde ese momento, todo fué un desbordarse de alegría, de fervor, de explicables atropellos piadosos, y hasta de olvidos y momentos en los que el orden protocolario era superado por las demostraciones espontáneas de un pueblo que se siente feliz y satisfecho al ver llegar la hora de la gran glorificación de su bondadosísima y celestial Patrona Nacional.

El campo de la Coronación.- En el extremo occidental de la actual ciudad de Guanare, al pasar casi las últimas casas de la calle que partiendo desde el ángulo sur-oeste de la plaza Bolívar, e la salida directa de la carretera de Barinas, se encuentra a mano derecha un amplísimo terreno, de suave elevación, rodeado al norte por pequeñas colinas. Ese es el terreno adquirido para la construcción de la gran Basílica Nacional de Ntra. Señora de Coromoto, y cuya primera piedra fué ya colocada al día siguiente de la coronación. Y este fué el campo de los actos solemnísimos de aquella noche inolvidable del 11 al 12 de setiembre.

Hacia la parte media del primer plano de ese extenso terreno, se alzaba ya terminado en sus elementos fundamentales, el suntuoso monumento, —verdadera mole de severas líneas—, obra del notable escultor español Rodríguez del Villar, bien conocido entre nosotros por su otro inmortal monumento del campo de Carabobo.

Este Monumento de Guanare es en parte una alegoría de la aparición de la Reina de los cielos al cacique de los cospes. Tiene una altura de 16 metros, y una base cuadrada de 8 metros de lado. El conjunto forma a manera de una pirámide, que remata en una gran cruz. Frente a ella y descendiendo, aparece una preciosa imagen de María Santísima, tal como debió manifestarse esbelta y casi etérea, andando sobre las aguas, ante los ojos atónitos del cacique pagano. Tiene un rostro apacibilísimo, pleno de atrayente dulzura, y con ese "quid divinum" que un verdadero artista religioso ha sabido imprimir a la imagen de quien

fué el modelo perfecto de belleza física y espiritual. A sus pies, que se esfuman entre los intocables pliegues de su fino manto, descansa en relieve el Escudo de Venezuela. Vienen luego, de menor a mayor, dos planos de frisos por los cuatro lados, en altorelieve, en los que se describen los episodios de las apariciones coromotanas en el medio indígena del siglo XVII. El trabajo propiamente de escultura ha sido hecha en grandes masas, por el moderno procedimiento de mármol fundido, que ofrece magníficas condiciones para la expresión y el retoque final. Los grandes lienzos de los frisos laterales van fijos a una construcción de cemento, que cuando esté todo concluido habrá de quedar toda recubierta de mármol. Y el conjunto ha sido ejecutado de manera que se le pueda adaptar a cada una de sus diversas partes un sistema de iluminación indirecta. Aun sin estar totalmente concluida, puede decirse que la obra resulta ya algo digna de nuestra excelsa Patrona.

El lado principal, o frente del monumento, tiene un amplio altar, y en su centro se proyecta una peana para que se coloque en ella la custodia que guarda la venerada imagencita de Nuestra Madre. Y en ese altar, previamente bendito, iba a celebrarse la Solemne Misa Pontifical, e iba a verificarse la canónica coronación.

Poco después de las siete de la noche, ya oscurecido el día, se organizó el largo cortejo procesional desde la actual Basílica de Guanare, hacia el campo de la coronación.

Llega el cortejo.- Hacia las 9,30, los que nos habíamos adelantado al campo de la coronación observamos que ya se acercaban las dignidades eclesiásticas que cerraban el cortejo, y con ellos venía la magnífica carroza que servía de trono y de transporte a la santa imagen. Desde la altura de la gran plataforma del altar y del monumento pudimos apreciar la ingente masa humana que llenaba aquel extenso campo. No creemos exagerado calcular fácilmente en unas cuarenta mil personas las allí congregadas, entre las que se encontraban grupos y representaciones de todos los Estados de la Nación.

Aquello era un mar apretadísimo de cabezas que forcejeaban por una mayor aproximación hacia las gradas del altar.

Pronto se dió aviso por los micrófonos de la llegada de la carroza, y de la comitiva eclesiástica, presidida por el Emmo. Cardenal Legado. Hubo en esos instantes un revuelo de miradas y de

agitación. Allí venía la solemne carroza, muy lentamente, abriéndose paso por el centro de aquella apiñadísima multitud que vitoreaba, cantaba y rezaba al mismo tiempo, presa de la mayor emoción. Fué imposible que la carroza avanzara hasta el mismo monumento. Entonces varios sacerdotes, tomaron en andas la custodia, y rodeados de numeroso clero y presididos por el Cardenal Legado, y por todos los Excmos. Sres. Arzobispos y Obispos de Venezuela y visitantes de países hermanos, fueron avanzando hasta colocar la veneranda imagen en el centro del altar del monumento. Allí, a la luz de poderosos reflectores que cubrían aquella área, empezó a lucir en todo su esplendor la magnífica y rica joya que sirve de relicario a nuestra Reina y Madre.

Atravesando entre vítores, y repartiéndole bendiciones, con expresión de modestia y de bondad, el Emmo. Cardenal había ido a ocupar su trono. Allí oyó la lectura de la 'Carta Apostólica' o documento oficial del Sumo Pontífice acreditándole como su Legado. Luego el propio Cardenal leyó un sentido y oportuno discurso de saludo y presentación al pueblo de Venezuela, y exhortándolo a crecer cada día en devoción firme y sincera a la Santísima Virgen bajo la advocación coromotana.

La Santa Misa.- Comenzó solemnemente la Misa Pontifical, pasadas las diez de la noche. Cerca del trono del Cardenal Legado, ocupó sitio de honor la Junta de Gobierno, acompañada del Gabinete ejecutivo, y del personal protocolario. El Excmo. Sr. Obispo de Valencia, Mons. Dr. Gregorio Adam pronunció una vibrante y fervorosa oración sagrada, que vino a enardecer más los ánimos para el momento esperadísimo que estaba ya aproximándose.

En efecto: hecho el Ofertorio de la Santa Misa, se anunció que se iba a proceder a la solemnisima ceremonia de la coronación. Con todo el ceremonial litúrgico del caso, revestido el Emmo. Legado de gran capa pluvial, y acompañado del clero oficiante, procedió a ben-

decir la finísima y rica corona. En lo alto del altar, a toda luz, veíase la gran custodia. A ambos lados de la hornacina de cristal que guarda la veneradísima imagen, se alzan adheridos a la propia custodia dos esbeltos ángeles que extienden sus brazos como formando un arco sobre la hornacina. Pero sus manos no se juntan, sino que se entreabren, dejando el espacio necesario para que sobre ellas quede suspendida y fija al mismo tiempo, la bellísima corona.

La Coronación.- Llegaba el momento anhelado. Después de tres siglos, Venezuela entera iba a demostrar públicamente a María Santísima la debida gratitud por su bondadosa visita. Hecha la bendición de la corona, fué traída al centro del altar una amplia escala, por la que, con la corona en sus manos, empezó a subir pausadamente, rodeado de su clero, el Emmo. Cardenal. En ese instante el altar y el campo y los alrededores todo parecía desierto; parecía como si de repente no hubiese quedado allí una sola persona: tal era el silencio, la emoción contenida de aquellos miles y miles de personas allí reunidas; y al mismo tiempo, a través de la radio, toda Venezuela iba siguiendo atenta los pormenores de lo que estaba ocurriendo en Guanare.

Ya llegaba el Cardenal Legado a lo alto de la escala; su figura pontifical, llena de la unción y grandeza que presta la liturgia en actos tan solemnes, se vió radiante y serena alzando los brazos, con las manos juntas llevando la preciada corona, y haciendo el gesto como de tomar algo que desciende de los cielos, fué inclinándose gravemente hacia la custodia hasta depositar emocionado, casi tembloroso de fervor, sobre la cabeza de la Reina de los cielos, de los ángeles y de los hombres, el símbolo de honor y de vasallaje que lo ofrendan jubilosos sus súbditos. Fué aquel un momento indescriptible; allí se olvidó uno la retórica, la poesía, los resortes del lenguaje y todo; allí sólo había palpar acelerado del corazón, emoción desbordada pero al mismo tiempo contenida por respeto al lugar sagrado; deseos de vitorear.

de saltar al trono de la Madre de Coromoto y sembrárselo de besos, y decirle ternuras, y echarse a llorar de alegría, y abrazarnos unos con los otros todos los venezolanos al sentirnos verdaderamente hermanos bajo el manto unificador de la Patrona Nacional.

Quien esto escribe tuvo la inmerecida e insospechada suerte de ser designado para transmitir por radio todos los pormenores de esta ceremonia. No sabemos qué palabras ni qué ideas salieron de nuestros labios en aquellos momentos de indecible júbilo. Nos parecía haber visto en persona al mismo Sumo Pontífice haciendo aquella coronación; nos parecía que de los cielos se filtraba, en aquella fresca y serena noche tropical, alguito de la gloria de Dios que venía a unirse al homenaje de la Madre divina. . . En aquel instante cuando la figura del Emmo. Cardenal Legado se alzó de nuevo, dejando sobre las manos de los ángeles la corona que orna la cabeza de Nuestra Reina y Madre, y empezó a bajar la escala, y apareció clara en lo alto del altar la gran custodia coronada, toda aquella muchedumbre compacta, hecha una sola alma y un solo corazón se sintió pequeña para saborear tanta alegría y emoción. Las campanas de la cercana Basílica entonaron enseguida el himno más sonoro de sus bronces, y con ellas las de los templos de la nación; retumbó allí cerca la salva protocolaria de veintidós cañonazos que se hace a los soberanos; cohetes y fuegos artificiales rasgaron la oscuridad de la noche más solemne y jubilosa que ha conocido la Patria, y del corazón y de los labios de todos los venezolanos que creen en Dios y aman a María Santísima, se alzaba

al trono de la Madre que a todos sonreía bondadosa, la súplica y la invocación llena de fe y de esperanza: "Nuestra Señora de Coromoto, Patrona de Venezuela, renovad la fe en toda la extensión de nuestra Patria."

Pocos minutos después de tan inolvidable ceremonia, cuando ya serenada la primera emoción, íbamos a entregarnos a la plácida alegría de haber asistido al supremo homenaje tributado a Nuestra Madre, vino a completar la solemnidad y devoción del acto, la voz del augusto Pontífice, que desde Roma nos hacía llegar su mensaje de congratulación; era la voz del Padre de todos los fieles, que no quería estar ausente de nuestra fiesta, sino al contrario venía a hablarnos como padre, como maestro y como guía, a animarnos y bendecirnos. Toda Venezuela escuchó las palabras del Santo Padre llevadas por la radio a los más lejanos pueblos. (Tuvimos que lamentar que en el propio campo de la coronación la transmisión por los altoparlantes fué algo defecutosa.)

Con la bendición del Soberano Pontífice sentimos que quedaba ratificado públicamente el homenaje de la coronación. Terminó la Santa Misa, se entonó el solemne *Te Deum* en acción de gracias; y ya el resto de toda aquella noche continuó la coronada Reina de Coromoto recibiendo la visita, el saludo y las invocaciones de miles y miles de devotos que la acompañaron hasta el amanecer del día siguiente, cuando regresó procesionalmente a su Basílica de Guanare.

¡Salve, Reina y Madre de los venezolanos!

PEDRO P. BARNOLA, S. J.

